

(276)
78

Lecturas patrióticas.

GLORIAS DE ESPAÑA

UNA DERROTA
GLORIOSA

(Trafalgar)



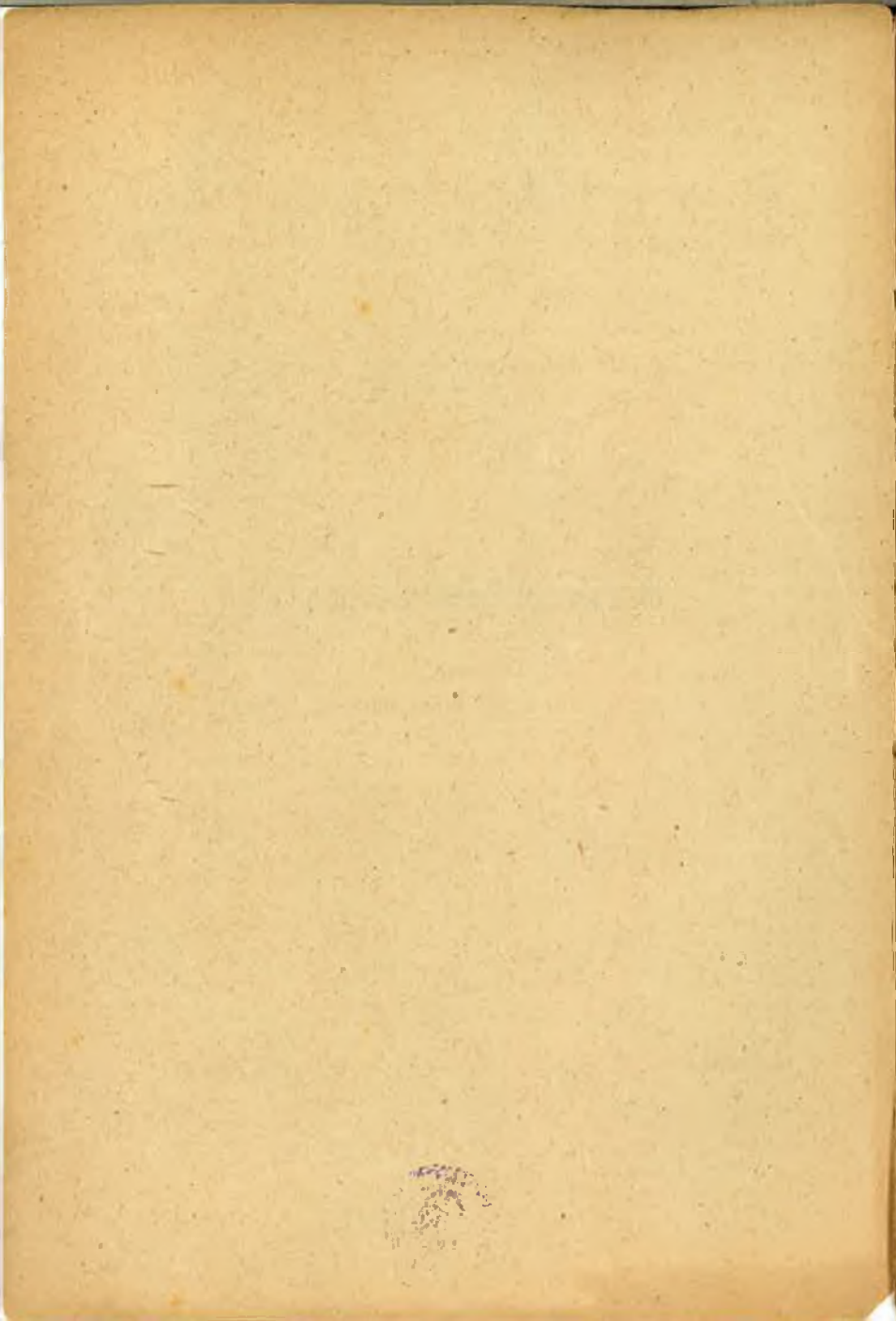
Precio: 10 céntimos.

MADRID
VELÁZQUEZ, 56



Núm. 10.º

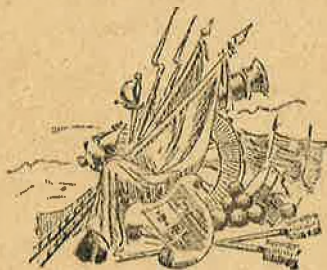
10



GLORIAS DE ESPAÑA

UNA DERROTA GLORIOSA

NARRACIÓN HISTÓRICA



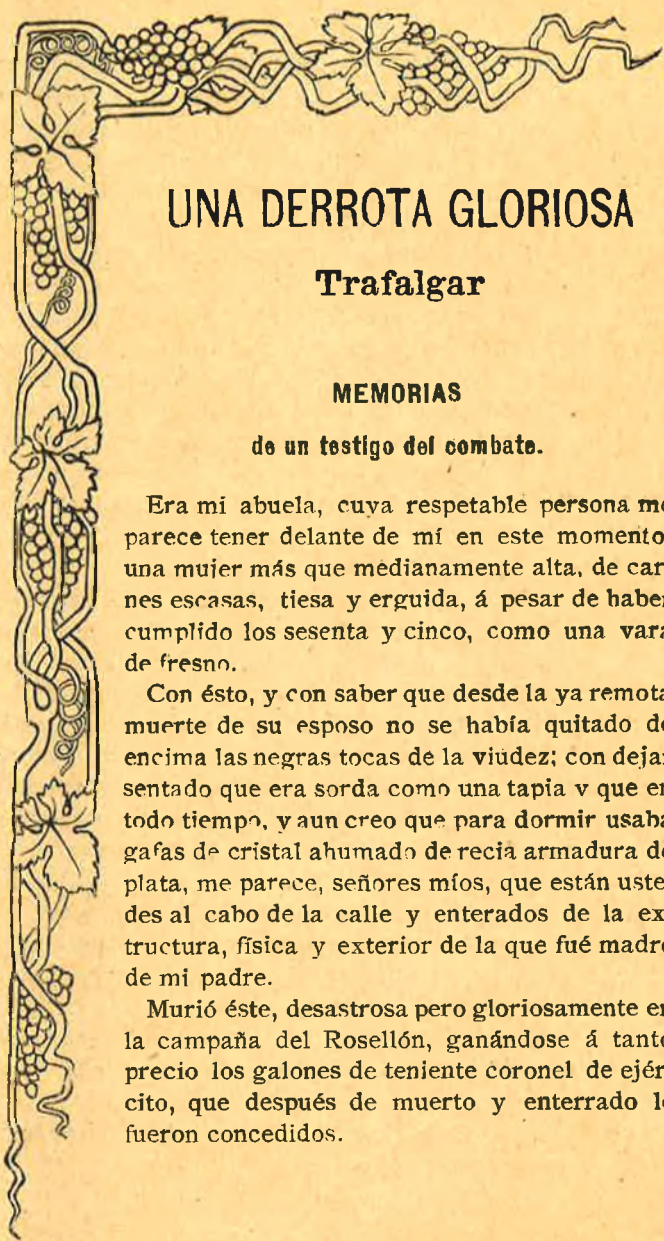
MADRID

Oficinas de «La Última Moda.»

VELÁZQUEZ, 56

R. 8802

Es propiedad.—Reservados
los derechos artísticos y lite-
rarios.



UNA DERROTA GLORIOSA

Trafalgar

MEMORIAS

de un testigo del combate.

Era mi abuela, cuya respetable persona me parece tener delante de mí en este momento, una mujer más que medianamente alta, de carnes escasas, tiesa y erguida, á pesar de haber cumplido los sesenta y cinco, como una vara de fresno.

Con ésto, y con saber que desde la ya remota muerte de su esposo no se había quitado de encima las negras tocas de la viudez; con dejar sentado que era sorda como una tapia y que en todo tiempo, y aun creo que para dormir usaba gafas de cristal ahumado de recia armadura de plata, me parece, señores míos, que están ustedes al cabo de la calle y enterados de la estructura, física y exterior de la que fué madre de mi padre.

Murió éste, desastrosa pero gloriosamente en la campaña del Rosellón, ganándose á tanto precio los galones de teniente coronel de ejército, que después de muerto y enterrado le fueron concedidos.

Ocurrió este desdichado suceso el año 1794, contando yo á la sazón no más que dos abriles. Mi madre perdió la vida al echarme al triste mundo: y el autor de mis días, aburrido y desesperado con la prematura muerte de la mujer adorada, se puso á las órdenes del general Ricardos y se marchó á la guerra, como pudo haberse atado una gran piedra al cuello, arrojándose después de cabeza al mar en la bahía de Cádiz.

Quedéme, pues, como quien dice, solo en el mundo ó poco menos, bajo los auspicios de mi abuela paterna, mujer que por el temple de su espíritu y por la energía diamantina de su corazón, merecía haber visto la luz en los épicos tiempos en que Sagunto prefirió su total aniquilamiento á entregarse á la espada vencedora de Anibal, y en que Numancia, después de sostener un sitio de catorce años, apeló al incendio de sus propias casas y al suicidio, antes de caer en manos de Escipión, el gran guerrero romano.

No quiero decir con esto que D.^a María de la Gloria Sanz de Villanueva, no profesase á su nieto el cariño que por ley natural debía tenerle y demostrarle.

Me quería indudablemente; pero su cariño se disfrazaba con tan ásperas exterioridades y con formas tan desabridas que era preciso conocer muy á fondo y al detalle el modo de ser de la buena señora, para apreciar en todo su valor las escasas muestras de ternura que de tarde en tarde y solo con motivo muy señalado, se dignaba dispensarme.

Mi abuela—y valga la comparación—era á modo de un merengue recubierto de acfbar ¡de mucho acfbar! ¡Cuántas amarguras había que tragarse antes de llegar á lo dulce!

Hija de marinos y militares, madre de un soldado y bastante soldado ella misma, su más ardiente anhelo estribaba en que en su nieto reverdecieran los laureles conquistados por sus ascendientes en mil combates navales y en los campos de batalla.

A conseguir este objeto se encaminaron desde muy tem

prano todos sus esfuerzos; y así, no bien supe leer, escribir y las cuatro reglas, sin más intermedio que el aprendizaje del Catecismo y de la Historia Sagrada, me hundié de hoz y de coz en el proceloso piélago de la Historia de España y de la Universal, llenándome la cabeza con los nombres de los grandes capitanes y las circunstancias que concurrieron en las guerras más tremendas que durante los siglos han asolado al mundo y hecho correr la sangre de la humanidad.

El encargado de trasmitirme la noticia de hechos tan grandes, era un viejecito coloradote y sano como una manzana, y manso y apacible como un cordero. Respondía al nombre de D. Augusto, y había desempeñado cerca de mí desgraciado padre la misma misión docente que conmigo ejercía, con frutos muy inferiores á los que fueran de esperar de su ciencia y de su buena voluntad.

Quiero decir con esto, que á pesar de la atmósfera belicosa en que mi abuela me hacía vivir, no sentía yo encenderse dentro de mí el fuego sacro que ha abrasado el corazón de los guerreros predestinados á figurar en la historia.

Debo, sin embargo, confesar que la guerra, tal y conforme yo me la figuraba, no dejaba de atraerme; y que me parecía cosa bonita, eso de ponerse un uniforme de general con cintajos, plumas y dorados, montar á caballo y después de la batalla pasar á galope por delante de las tropas agitando un sable muy reluciente y gritando:

—¡Hemos vencido! ¡Viva yo!

Don Augusto, por su parte, con inmejorable intención y contraviniendo, aunque involuntariamente, á las instrucciones de mi venerable abuela, cuidábase sí, de ponerme al tanto de grandes y memorables hechos de armas; pero no dejaba de mostrarme el lado feo de ellos, y el cortejo de horrores que la guerra lleva siempre consigo, opinando que la mejor de las victorias no le llega á la suela del zapato á la peor de las paces habidas y por haber.

Tenía pues el pedagogo que nadar entre dos aguas y enseñarme la cara y la cruz, el anverso y el reverso de la historia.

El lado bonito era el que yo debía de mostrar conocer ante mi abuela, cuando ésta en unión del Sr. Peralta, su confesor y canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Cadíz, presenciaba el examen que todos los sábados sufría yo para exhibir los conocimientos históricos que había adquirido durante la semana.

Así por ejemplo, el día 15 de Octubre de 1805, se ocupaba D. Augusto en darme la última mano y en prepararme para el inminente examen semanal, y decía poco más ó menos lo siguiente:

—¿Está enterado mi señor D. Paquito de lo que fué y de lo que debe opinarse acerca de la batalla de Cannas?

—Si señor—contesté yo con la vivacidad de una carretilla—esa batalla fué una gran barbaridad que hicieron á medias los cartagineses y los romanos. En menos de diez horas perecieron cincuenta mil romanos y ocho mil cartagineses, la sangre corrió á torrentes y se recogieron tres fanegas de anillos de oro de los caballeros muertos. (Aquí encajé la frase que como comentario, soltaba invariablemente D. Augusto después de describir cualquier batalla.) La matanza de Cannas es una página negra de la Historia...

—Bueno, bueno, D. Paquito—interrumpió alarmado el profesor.—Eso que usted dice está muy bien dicho; pero para dicho aquí, delante de mí, que sabe usted que opino de esa manera acerca del particular... Pero ¡cuidadito con expresarse en esos términos delante de su señora abuela!

—Ya, ya sé como hay que volver la tortilla... ¿Quiere usted verlo? Pues allá va. La batalla de Cannas fué un hecho glorioso para los contendientes, toda vez que puso de relieve las virtudes militares y el valor de dos pueblos gloriosos. ¡Feliz el que los imite! ¡Desdichado el que eche en olvido su memorable ejemplo! ¿Es así?

—¡Ajajá!—exclamó con gran satisfacción D. Augusto.—Veo que mi señor D. Paquito no echa en saco roto mis advertencias y que todo saldrá á pedir de boca... Pasemos á otro hecho histórico. Vamos á ver ahora...

Se abrió la puerta de la habitación donde nos hallábamos, y asomó la cabeza de un criado que dijo:

—La señora desea que suban ustedes inmediatamente á sus habitaciones.

—¿Los dos?—interrogó inquieto D. Augusto.

—Los dos—contestó el criado lacónicamente.

Indudablemente el instinto habló en mí, pues debo confesar que aquella intempestiva llamada me llenó de zozobra y de funestos presentimientos.

Subimos al piso principal, y antes de entrar en el salón, que es donde mi abuela nos esperaba, observé que mi profesor sudaba de pura angustia, que las piernas le flaqueaban y que movía maquinalmente los labios.

D. Augusto rezaba.

*
* *

Cafa la tarde á la sazón, y la sala, amplísima y sombría, se hallaba débilmente iluminada por la luz humosa de un monumental candilón de Lucena.

A sus inciertos resplandores, adiviné más que ví las tocas y los cristales oscuros que caracterizaban á mi abuela, sentada detrás de la mesa que sustentaba el velón, y á la izquierda vislumburé el bulto gigantesco de D. Deogracias Peralta, respetable personaje á quien más arriba he aludido.

Hallábase éste entregado en aquellos momentos tan solemnes para mí, á la dulce y sabrosa tarea de vaciar á pulso y con gran prosopopeya, un ancho cangilón de chocolate, con el auxilio de ciertos riquísimos bizcochos provinien-

tes de un convento de monjas muy protegidas por la mano espléndida y caritativa de mi señora abuela.

Profesor y alumno, besamos respetuosamente la mano ancha y carnosa del Canónigo, besé yo además la diestra momificada de la vieja dama, y como reos que aguardan su sentencia, tomamos asiento ante la mesa.

Mi abuela después de carraspear, desdobló un pliego que extendió sobre la mesa y empezó á hablar de esta manera:

—Hoy, Paquito, es día para tí memorable, como ningún otro quizás, de todos los de tu vida. Hoy dejas de ser niño, y empiezas á ser hombre... S. M. el Rey (q. D. g.)—al llegar aquí todos nos incorporamos respetuosamente—ha tenido á bien favorecer á la ilustre casa de Villaviciente, y premiar los altos servicios de tu heroico padre (q. e. p. d.), concediéndote la gracia de vestir el uniforme de cadete de infantería de la marina española. A tan gran merced, hay que corresponder dignamente y como cuadra á lo ilustre de nuestra estirpe y á las gloriosas tradiciones de la casa de los Villavicientes.

—Así es la verdad, y bueno será que D. Paquito se pentre de ello—dijo Peralta señalándome con un bizcocho.

¡ No sentó bien la interrupción á mi severa é irascible abuela. Miró de reojo al Canónigo, y este rehuyendo su mirada flamígera, recrudeció las hostilidades contra el soconusco.

—Repito que esto te obliga á grandes cosas—continuó D.^a María de la Gloria subrayando las palabras—¿Entiendes lo que quiero decir?

Aunque en realidad no entendí una palabra de todo ello, creí del caso contestar afirmativamente.

—Veo con satisfacción que eres digno hijo de tu heroico padre... Veo que no en balde he fundado en tí esperanzas que en breve han de ser una realidad. Veo también muy á las claras el influjo que han adquirido en tu ánimo las enseñanzas de D. Augusto, aquí presente.

El aludido se levantó para saludar y carraspeó para ocultar su turbación.

—No, no se ruborice usted—prosiguió implacablemente mi abuela—No hago más que rendir tributo á sus merecimientos. Tú mismo, Paquito, lo comprenderás. Si á los trece años que cuentas, te sientes lleno de esas sublimes inspiraciones que conducen en línea recta á la gloria militar, la mayor de todas las humanas ¿á que puedes atribuirlo más que á los ejemplos que D. Augusto ha puesto ante tus ojos? ¡Lástima grande que no haya usted seguido la carrera militar! Hubiera usted llegado á los más altos puestos..

A pesar del respeto temeroso que mi abuela infundía en mi ánimo, estaba yo reventando de risa al escuchar la apología de aquel guerrero incapaz de dar fin á la vida de una mosca. D. Augusto con el gesto de quien bebe vinagre, hacía ademanes de modestia rechazando aquellos elogios que con tan manifiesta injusticia se le tributaban.

—Vamos á otra cosa—dijo mi abuela volviéndose hacia D. Deogracias—usted que anda por el mundo y sabe noticias ¿qué ha averiguado de nuevo acerca de la marcha de la escuadra?

—De todo hay un poco. Bueno y malo—dijo el canónigo, dando fin al chococolate y bebiéndose un gran vaso de agua cristalina—en primer lugar, señora mía, ya tenemos en Cádiz reunidas las dos escuadras; la francesa y la nuestra, que en junto son la friolera de treinta y tres buques, cinco fragatas y dos bergantines... Esta es la parte buena.

—Eso ya me lo ha contado usted hasta tres veces con ésta—dijo la anciana con impaciencia.

—No he terminado aún, señora doña María, no he terminado—observó el canónigo extendiendo las manos oratoriamente—se ha celebrado un consejo compuesto de los almirantes franceses y de los generales de la marina española. Lo ha presidido el almirante Villeneuve, que por cierto está que echa chispas. Figuraos, amados oyentes..., quiero de-

cir, señora y señores míos, que desde que ocurrió lo del cabo de Finisterre, Napoleón le tiene montado en las narices, y orden va orden viene, le está abrumando en fuerza de censuras. Hasta se cita el nombre del que ha de reemplazarle en el mando de la escuadra, y que se llama... no recuerdo ese demonche de nombre. El hombre, claro está, trata de hacer una hombrada antes de que llegue su sucesor; y precisamente esa hombrada es la que se ha acordado hoy en la junta. Conste que se lo he oído decir á nuestro gobernador, el marqués de la Solana, cuya referencia creo que es digna de crédito, ¿Saben ustedes lo que el francés ha contestado á su emperador? Pues así «Se acusa á la escuadra francesa de carecer de audacia. Pronto llevará á cabo hechos ruidosos.»

—Al grano, al grano, Sr. de Peralta—exclamó mi abuela—veamos lo de la hombrada, explíquese usted.

—A eso iba—dijo D. Deogracias con gran deferencia.—Lo acordado es, que la escuadra aliada salga al encuentro de la inglesa... ¿He dicho algo, mi buena señora doña María? ¿He dicho algo señores míos? Dentro de pocos días, pues, segun todas las probabilidades, se librará en nuestras aguas una gran batalla naval: un triunfo para nuestras armas, según algunos, una gran derrota, según otros.

—Estoy conforme con lo primero—indicó gravemente la anciana—porque tenemos de nuestra parte la razón y la fuerza... ¿Cuarenta barcos dice usted? ¿Nosotros españoles y ellos ingleses? ¿Quién puede dudar de nuestra victoria? Niño, haga usted el favor de guardar la debida compostura, y no distraerse... ¿Se duerme usted, D. Agustín?

Espabilóse bruscamente el pedagogo, que con las manos cruzadas sobre el abdomen dormitaba tranquilo y yo procuré prestar atención á lo que se hablaba, enmendando lo incorrecto de mi actitud. Ambos cruzamos una mirada que decía muy á las claras «Pero ¿qué diantres hemos venido á hacer aquí?»

—Sin tratar de llevar á usted la contraria, señora mía, ha de permitirme que observe que no veo tan claro eso de la victoria—arguyó tímidamente el sacerdote—y no es que lo diga yo... No es así, señora, desgraciadamente. Sepan ustedes amados oyen... ¡ya me equivoqué otra vez! sepan ustedes señores, que en la Junta ha habido diferencia de opiniones. Churruca y Alcalá Galiano, entre otros, han dicho que lo conveniente es esperar á Nelson dentro de la bahía de Cádiz que está bien artillada y defendida. «Aquí dentro —han dicho—la victoria es segura; yendó á la mar, tenemos mucho adelantado para salir con las manos en la cabeza, pues los barcos ingleses son muy superiores á los nuestros, aunque menores en número.»

—Ríase usted de eso—dijo la testaruda señora, riéndose ella misma desdeñosamente—ó eso no es cierto, ó Churruca y Alcalá Galiano no saben lo que se pescan. ¿Qué va á hacer el pobrecillo Nelson cuando vea que se le echan encima nuestros cuarenta buques, grandes, enormes, terroríficos? Acoquinarse y pedir perdón á Francia y á España de todas las perrerías que nos tienen hechas. ¡Y él que no lo haga! Quiero conceder que por quedar menos mal, opone alguna resistencia ¿y qué? cuatro cañonazos y á rendirse.

—Dios oiga á usted, señora, y haga que el equivocado sea yo. De todas suertes, opino que el combate debía verificarse en la bahía, aunque no fuera más que para satisfacción de los buenos patriotas, que aplaudiríamos el valor de los nuestros desde la muralla—dijo el canónigo suspirando con manifiesta incredulidad.

—Dé usted por hecho que el equivocado es usted y punto final. Y vamos á tratar de la cuestión que ha determinado nuestra solemne reunión en este recinto. ¡Enderézate, Paquito! ¡D. Augusto de mis pecados, que estoy hablando!

—Servidor de la señora—dijo respetuosamente D. Augusto comprimiendo á duras penas un bostezo.

—¿Es usted valiente?—interrogó mi abuela.

—No, señora—contestó mi preceptor aturdido por lo inesperado de la pregunta—es decir, como cobarde, no soy cobarde... Pero, valiente, lo que se llama valiente, quizá tampoco lo sea.

—Veo que trata usted de disimular, y es inútil. El hombre que como usted gusta tanto de las grandes guerras y que dice de la gloria militar... ¿cómo dice Paquito?

Me levanté y con la mirada en el techo y con tonillo rutinario, contesté de un tirón.

—La gloria militar es un árbol hermosísimo: para que florezca, no hay riego mejor que la sangre de los héroes... ¡Feliz el pueblo que lo cultive! ¡Desdichados de aquellos que...

—Basta niño—exclamó mi abuela, cortando con un ademán el hilo de mi erudición bélico-histórica.—Digo que quien como usted siente y dice cosas tan hermosas y verídicas acerca de la guerra, no puede menos de ser hombre de armas tomar. Hasta ahora no ha salido usted de la teoría... Yo voy á proporcionarle ocasión de practicar lo que tan bien enseña... ¡Va usted á asistir á la batalla naval que se prepara! ¿Está usted contento?

¡Qué habja de estar contento el pobre D. Augusto! Palió deció densamente, flojeáronle las piernas y se dejó caer en el asiento con el mismo garbo militar que podía tener un costal de patatas.

—Pero D. Augusto, ¿se pone usted malo?—exclamó Peralta incorporándose alarmado.

—No se muera usted—dijo mi abuela con gran tranquilidad—eso es pura alegría. Debí prepararle y darle la buena noticia poco á poco...

Rehízose un tanto el profesor de historia, se enjugó el sudor que corría por su frente y trató de disimular una sonrisa que le resultó una mueca espantable y dolorosa. Por su imaginación cruzó sin duda con la presteza de un relámpago la idea de la fuga, el propósito de abandonar mi educa-

ción; en una palabra, de darse al mismísimo demonio; pero sin duda se le presentó también la desconsoladora perspectiva de acabar su vejez en el desamparo absoluto en que se vería seguramente al salir de la casa de los Villavicentes. Pudo más el estómago que el miedo, y D. Augusto dijo con voz apagada y temblorosa:

—Tiene razón la señora... Creí que iba á ponerme enfermo de... alegría... eso es... de alegría. ¡Pues así que no estaba yo deseando asistir á una batalla! Precisamente ayer mismo me lo estaba yo diciendo: «Augustito, á tí te falta algo. Tú no estás á gusto.» Yo no sabía qué contestarme; pero ahora ya sé lo que necesito: una batallita en el mar con muchos cañones, con muchos muertos, con mucha sangre... Eso es lo que va á sentarme como mano de santo... Esto es lo que me faltaba...

—Pues délo usted por conseguido—dijo irónicamente don Deogracias, á quien no engañó la mal fingida alegría del infeliz D. Augusto.—¡Gloriosa muerte aguarda á usted!

No hizo alto el profesor en la broma del prebendado, y después de tragar mucha saliva y poniendo la cara más sonriente de su repertorio, se dirigió á mi abuela diciendo:

—Ya digo que tomar parte en una batalla es una gran honra, y yo ¡qué más quisiera que poder asistir á ella! Pero señora mía, ¿cómo dejo á mi amado discípulo D. Paquito abandonado á lo mejor; es decir, cuando empieza á saborear las mieles dulcísimas de la Historia? ¡Jamás, señora, jamás! Trabajo me cuesta el sacrificio; pero le llevaré á cabo... Me quedo.

—¡No se apure usted—exclamó D.^a María de la Gloria—ni renuncie á los laureles que le esperan! Usted se embarcará, sin que por eso abandone á nuestro Paquito, porque precisamente va usted á ir acompañándole... El novel cadete de infantería de marina estrenará su uniforme, presenciando el combate y combatiendo si á ello ha lugar, á las órdenes de D. Cosme Damián de Churruca.

—¡Ay, qué gusto!—dije yo sin poder contener la explosión de júbilo que me produjo la perspectiva de dejar á un lado los libros, y sobre todo la de estrenar un bonito uniforme con espada y todo.

—Bien, hijo mío—exclamó la buena señora dando á mi interrupción una significación y un alcance que no tenía en manera alguna.—Veo que no desmientes la casta. ¿No se entusiasma usted, Sr. D. Deogracias, al ver el ardimiento de esta criatura. Venga usted acá, caballero; venga usted á que su abuela le dé un beso, que tan bien se ha ganado. Á tu regreso he de comprarte la cometa más grande y más bonita que se ha volado desde las azoteas de Cádiz.

Me aproximé al estrado y besé la mano apergaminada que se me presentó. En cambio recibí el beso más cariñoso que hasta aquel día se había posado sobre mi frente.

D. Augusto á todo esto se había quedado hecho una pieza y con los brazos caídos y la cabeza colgando desmayadamente sobre el pecho, parecía la viva efigie de la desesperación.

A pesar de ser el colmo de la finura y de la buena educación, prescindió de ambas cualidades en aquella ocasión memorable, y salió de la estancia sin saludar, tambaleándose como un beodo y llevándose ambas manos á la cabeza.

Eché á correr tras él, y cuando en un pasillo logré darle alcance, ví que lloraba como un chico.

—¡Muertos somos, Paquito, muertos somos!—gimoteó con gran desconsuelo.

—No se aflija usted, D. Augusto... ¿Acaso se olvida usted de que yo llevaré un sable?

*
* *

Ignoro aún, y probablemente nunca averiguaré qué trabajos de zapa, qué intrigas y qué juego de poderosas influencias utilizó mi respetable abuela para conseguir que

la insignificante personilla de un servidor de ustedes fuera admitida, en unión del desolado D. Augusto, para formar parte del personal, ó mejor dicho, de la impedimenta del «San Juan Nepomuceno», que mandaba el brigadier de la armada D. Cosme Damián de Churruca.

Quizá las relaciones de amistad que mediaban entre la familia del héroe y la mía, ó probablemente órdenes rajantes procedentes del ministerio de Marina, hicieron que se cumplieran los propósitos de mi abuela, que en honor de la verdad, y salvando los respetos debidos á la buena seño-



CHURRUCA

ra, eran ni más ni menos que una solemnísima atrocidad.

Contribuyen á confirmarme en la opinión antedicha, los escasos detalles que conservo en la memoria de la visita de presentación, que en compañía de mi abuela hice, visitando ya el flamante uniforme, al ilustre marino.

Era éste hombre de aventajada estatura, rubio, de ojos azules y de modales impregnados de sencilla y simpática majestad. Habló poco; pero á través de su laconismo y de la exquisita cortesía que las canas y la empingorotada alcurnia de mi abuela le merecieron, manifestó gran contra-

riedad, y hasta trató de quitar de la cabeza de aquélla sus belicosos proyectos.

Habló de mi corta edad, de los gravísimos riesgos á que iba á exponerse el único retoño de la dinastía de los Villavicentes, y de mi inutilidad absoluta para el combate. Dijo, en fin, cuanto de su buen sentido y alta discreción podía esperarse; pero todo fué inútil. D.^a María de la Gloria estaba segura de que nuestra escuadra obtendría la victoria sin duda de ninguna clase; y no digo yo Churruca, todo el almirantazgo español y francés reunidos, hubieran sido poca cosa para hacerla variar de opinión.

Comprendió Churruca que perdía lastimosamente el tiempo, y encogiéndose de hombros dió por terminada la polémica, que en eso iba degenerando lo que empezó por conversación.

—Si ha de embarcar el... niño—dijo acentuando esta última palabra—que procure estar á bordo mañana muy temprano.

Saludó, respondimos al saludo y nos marchamos para hacer los últimos preparativos para el viaje.

—¿Has oído lo que ha dicho Churruca?—me dijo mi abuela—Pues todo eso es música, ganás de darse importancia y nada más. Tu has nacido para ser un héroe y lo serás sin duda.

No contesté, porque los discretos consejos del marino resonaban aún en mis oídos y escarabajeaban en mi conciencia. Sentí no sé que penosa impresión y el uniforme no me pareció tan bonito como antes. Hasta entonces no noté que el sable se me enredaba entre las piernas.



Paso por alto los detalles de la despedida y echo en saco roto los besos y abrazos, bendiciones y lágrimas que mi señora abuela—mujer al fin y al cabo—derrochó al abandonar

yo por vez primera el hogar doméstico. Dejo en la sombra del olvido los encargos y recomendaciones que con previsión cariñosa hizo al bueno de D. Augusto, quien sin duda por haber agotado ya todas las lágrimas de que disponía, no derramó ninguna en tan solemnes momentos, y solo diré que en la fresca y apacible mañana del 19 de Octubre de 1805, pusimos ambos, maestro y discípulo, nuestras plantas sobre la cubierta del «San Juan Nepomuceno,» y nos presentamos al brigadier Churruca que lo mandaba.

Preguntamos dónde nos habíamos de colocar, á lo cual contestó el interrogado dirigiéndose á uno de los oficiales:

—Que se coloquen donde no estorben.

Interpretando la orden en el sentido más favorable para nosotros, nos indicó el oficial que por de pronto podíamos hacer lo que más fuera de nuestro gusto; pero que cuando empezara la maniobra para zarpar, procurásemos meter-nos en cualquier parte.

Dímonos á buscar sitio en donde pudiéramos dejar nuestro pequeño equipaje, reducido á una maletilla de mano con alguna ropa y tal cual fiambre, y un botiquín de la propiedad de D. Augusto; y al cabo de dar muchas vueltas y de subir y bajar muchas escalerillas pendientes en extremo, dimos con nuestros huesos en un sollado convertido en una amplia habitación, á lo largo de cuyas paredes, cabían dos hileras de camastros.

Había allí un señor, que á juzgar por las insignias que ostentaba y por la clase de sus ocupaciones, era el médico del buque, como así resultó, y varios marineros que bajo su dirección, manipulaban y ponían en orden multitud de frascos que llenaban el aire de olor á botica, y apilaban grandes montones de hilas.

Don Augusto preguntó á uno de los marineros quién era el señor de los galones.

El interpelado miró de alto á bajo al preceptor y contestó lacónicamente con acento andaluz de lo más cerrado.

—«Er físico».

—Y estas camas ¿están ocupadas? En caso negativo ¿podríamos apropiarnos una de ellas?

—No «zeñó» son «pa los heríos»—dijo el marinero girando sobre sus talones.

Palideció D. Augusto y cogiéndome de la mano me sacó más que aprisa de aquel siniestro lugar.

Hartos de dar vueltas y ya cansados, nos recostamos en una borda y Dios sabe qué melancólicas reflexiones nos hubieran embargado, á no haber llegado repentinamente á nuestros oídos el son temeroso de una bocina, el estridente silbido de varios pitos, el clamoreo confuso y alarmante de varias voces y el chirriar de cadenas; todo á la vez y unido á tal movimiento de la marinería, que parecía que el mundo se acababa ó que por lo menos algo gordo debía ocurrir á bordo.

—Muertos somos, Paquito—gimió D. Augusto todo trémulo y consternado.—¡Ya están ahí los ingleses!

Aunque tan poco entendido en achaques de mar como mi profesor, tenía yo menos miedo y más dominio de mí mismo que él, y comprendí que se estaban levando anclas y que el «San Juan Nepomuceno» se apercibía á largar velas y á salir al mar.

Así lo hice constar; pero sin éxito, pues un cañonazo que disparó nuestro barco en son de despedida y saludo á la plaza, canfirmó los temores del buen viejecillo y aun á mí me cortó la respiración durante algunos momentos.

Los mástiles, cuya extremidad parecía ir á perderse en lo alto del cielo, se cubrieron instantáneamente de velas blanquísimas, viró el barco presentando la proa á la salida del puerto, y los balances y vaivenes que notamos nos dieron á entender que el momento de zarpar había llegado ya.

Poco á poco la velocidad del «San Juan» se fué acrecentando y pronto las blanquísimas casas de Cadiz parecieron hundirse en las aguas del Océano.

De buena gana habría derramado alguna lagrimilla que acudió á mis ojos indiscretamente, si las náuseas, las angustias y los calambres de que se vió acometido súbitamente D. Augusto no me hubieran sacado de los abismos insondables de mi pena.

—Muertos somos—decía el infeliz repitiendo su lúgubre muletilla, viéndose presa del mareo.

Intenté sostenerle en mis brazos, pero fué en vano y lo único que conseguí fué que ambos rodáramos por la cubierta.

No sé como habría acabado aquella lamentable escena, á no mediar el mismo oficial que horas antes nos había transmitido las órdenes de Churruca.

Con su auxilio y el de dos marineros, pudo procederse al levantamiento del cuerpo inanimado del doctísimo historiólogo, y á su conducción al hospital de sangre que habíamos visitado anteriormente, donde le dejé entregado así como el equipaje, á los buenos oficios del marinero andaluz.

Indudablemente mi extremada juventud y lo anómalo de mi situación hubieron de inspirar compasiva simpatía al oficial, quien cogiéndome del brazo me subió á cubierta, donde departimos largamente quedando convertidos en buenos y cordiales amigachos.

Le puse al corriente del porqué de mi presencia á bordo del «San Juan Nepomuceno»; y creí notar en él un encogimiento de hombros parecido al de Churruca cuando le vi-sité en compañía de mi abuela.

—En fin—me dijo—el mal ya está hecho, y lo que hay que procurar es salir de este trance lo mejor posible.

Me indicó que se llamaba Carlos Chaves; que era extremeño, hijo de familia rica y linajuda y que en cuanto la campaña terminara se proponía contraer matrimonio con una prima suya, guapa como un sol y buena como un ángel.

De la batalla próxima á librarse me habló bastante, en sentido pesimista, olvidándose á veces de que su interlocutor—servidor de ustedes—aunque más despierto y de más comprensión de lo que á su edad correspondía, pudiera quedarse á oscuras de algunos particulares á que hizo referencia.

Empezó por enumerarme los nombres de los buques que componían nuestra escuadra y que eran por este orden los siguientes:

«Neptuno, Rayo, Asís, Santísima Trinidad, San Leandro, San Justo, Monarca, Santa Ana, San Agustín, Bahama, Montañés, Argonauta, Ildefonso, Príncipe de Asturias y San Juan Nepomuceno,» todos estos españoles.

Franceses los siguientes: «Scipión, Formidable, Duguay-Trouin, Mont-Blanc, Agustín, Heros, Bucentaure, Neptune, Redoutable, Intrépide, Indomptable, Fougueaux, Hortense, Plutón, Aigle, Rhin, Algeciras, Swift-Sure, Argonaute, Achilles y Berwick.»

—Reunimos en junto—añadió—cuarenta buques, dos mil ochocientos setenta cañones y una buena y aguerrida marinería. Que nos batiremos bien, es indudable; que pereceremos antes que rendirnos ¡qué duda cabe!; pero la derrota es más que probable, desgraciadamente—dijo Carlos Chaves, moviendo la cabeza hermosamente varonil, con ademán apesadumbrado.—Donde no hay unión no hay fuerza. La batalla que vamos á librar será un sacrificio que hará España en aras de los intereses particulares del almirante Villeneuve. Este es hombre apocado é irresoluto; pero al saber que estaba destituido y que su sucesor Rosilly se hallaba ya en Madrid de paso para Cadiz, se sintió poseído del valor de la desesperación y se propuso borrar, fuera como fuera, el dictado de cobarde que su amo y señor el Emperador Napoleón 1^o había echado encima. Esto, con ser mucho, sería aún lo de menos si ese hombre tuviera condiciones de mando... Pero es el caso, joven Villavicente, que carece en ab-

soluto de ellas, y por tanto hay que esperar racionalmente una catástrofe.

La escuadra inglesa, resulta aparentemente de fuerza igual poco más ó menos á la de la aliada; pero ¡amiguito mío! tienen una cabeza, la cabeza grande, genial, maravillosa de Nelson, que no puede menos de conocer que lucha contra enemigos desunidos y por consiguiente débiles.

Usted, joven Villavicente, conoce á Churruca solamente por la parte de afuera, como quien dice. Yo que he navegado á sus órdenes largo tiempo y que por tanto le conozco á fondo, puedo asegurar que mejor marino que él no ha pisado cubierta de barco alguno, y que es valiente y sereno como nadie.

Aigo de esto había oído yo decir al Canónigo D. Deogracias de Peralta, y así se lo manifesté á mi novel amigo.

—Bueno—continuó éste—Pues ese hombre todo valor y todo serenidad, opina lo mismo que yo y lo mismo que opina toda la oficialidad española de la escuadra. ¿Sabe usted lo que esta misma mañana dijo á su cuñado Ruiz de Apodaca, guardia marina de este mismo barco? Pues le dijo: «Escribe á tus padres que vas á entrar en un combate sangriento, despídete de ellos, pues mi suerte será la tuya y antes de rendir mi navío lo he de volar ó echar á pique: este es el deber del que sirve al Rey y á su patria.» Esto es hermoso ¿verdad? A un amigo suyo le ha escrito lo siguiente: «Si llegas á saber que mi navío ha sido hecho prisionero, dí que he muerto» El almirante Gravina piensa del mismo modo.

—Oigá usted Sr. Chaves—pregunté candorosamente—pues si es tan seguro que nos van á derrotar ¿por qué no nos volvemos á Cádiz?

—Amiguito, porque no puede ser... El honor militar lo impide. Usted ignora lo que es el honor militar y ni falta que le hace saberlo por ahora.

Lo que más necesita usted saber, es dónde y cómo vá á

dormir esta noche y cómo y dónde vá á comer hoy, mañana y los días que medien hasta el de la paliza que nos espera. De eso me encargo yo. Vamos á ocuparnos de ello, que ya pronto me toca entrar de guardia.

Declinaba el sol cuando el teniente de navío D. Carlos Chaves y un humilde servidor de ustedes, después de dar muchos tumbos y de llamar á muchas puertas sin éxito, nos encaminábamos á la enfermería.

—Ya temía yo que no sería posible encontrar alojamiento para usted. Está el «San Juan» abarrotado de gente hasta los topes. En fin, habrá que hacer de tripas corazón y arreglarnos como podamos. «A la guerre, comme'a la guerre,» como dice un oficial francés amigo mío, que sirve en el «Redoutable.» Usted dormirá aquí, al lado de su venerable preceptor, mientras no haya heridos que vengan á quitarles el sitio; y con eso y á las horas de la comida, me parece que hemos resuelto el problema.

Así se hizo: quedé encomendado á los buenos oficios del marinero andaluz que se apellidaba Montoya, quien se ofreció muy solícito, barruntando quizá alguna propinilla; y después de despedirme de Chaves, procedí á meterme en la cama, cuyo descanso reclamaba ya mi triste cuerpecillo, fatigado de tanto andar y amilanado bajo el peso de tantas y tan nuevas emociones.

¿A que ocultar el hondísimo desconsuelo que invadió todo mi sér al recordar las tranquilas soledades de mi alcoba de Cádiz? ¿Por qué negar que mi corazón se agitó á impulsos de una sorda cólera contra mi abuela, que tan á sangre fría me enviaba á la muerte? ¿A qué negar que escondiendo mi cabeza bajo la manta, derramé muchas y muy amargas lágrimas durante buena parte de aquella noche inolvidable, la primera que pasaba fuera de mi casa?

Negarlo fuera inútil; así es que prefiero hacer constar mis debilidades, harto naturales y disculpables por otra parte, en un militar de trece años.

Ignoro á que hora logré conciliar el sueño. Lo que sí recuerdo es que al fin me dormí, arrullado por el ruido de las olas al estrellarse en el casco del «San Juan Nepomuceno,» y por los gemidos angustiosos de D. Augusto, que cada vez más trastornado por el mareo, repetía con fatigosa regularidad:

—Ya nos hemos muerto todos... No te duermas, Paquito; muertos somos, hijo, muerto somos.

*
* *

Amaneció al fin el día tristemente glorioso del 21 de Octubre de 1805.

Don Augusto había conseguido, aunque á medias nada más, desenredarse de la red invisible del mareo, y empezaba á dejar de ser un cesto, trasformándose poco á poco en ser racional y quejumbroso.

Hícele tomar algún alimento á duras penas, y hasta conseguí que apoyado en mi brazo subiera á pasear un rato sobre cubierta, para acabar de despejarse.

Poco duró el paseo, porque ocurrió que de buenas á primeras nos encontramos á Carlos Chaves, quien después de informarse del estado de nuestra salud, nos participó que el enemigo estaba á la vista.

Oir esto el desdichado preceptor, soltar mi brazo y echar á correr con agilidad que nunca hubiera sospechado yo en él, todo fué una misma cosa.

Durante los breves instantes que mediaron desde nuestro encuentro hasta que empezaron á circular las órdenes precursoras del combate, nos quedamos solos el simpático teniente de navío y yo.

Haciendo uso del antejo de Chaves, pronto divisé en la línea del horizonte la mancha blanquecina de las velas enemigas.

A la derecha se veía una sombra casi invisible.

Era el cabo de Trafalgar, y más cerca también y á la izquierda hasta perderse de vista, la línea de nuestros buques.

El «San Juan» ocupaba el extremo derecho de la línea de combate.

—Ya estamos colocados y mal colocados por cierto—dijo el teniente de navío con muestras de gran descontento.—Solo á Villeneuve se le ocurre formar está línea enorme que puede ser quebrantada de cualquier manera. En cambio, allí se vé la mano de Nelson, mano inteligente y genial como suya. Quisiera ver la cara que pone nuestro almirante Gravina, al ver como el enemigo se forma en dos columnas perpendiculares á nuestra disparatada línea. A todo esto la mar está gruesa y el viento más fuerte de lo que sería menester.

Estábamos cerca del puente y sobre él se hallaba Churruca rodeado de gran número de oficiales, á los que hablaba en voz lo bastante alta para que sus palabras llegaran á mis oídos.

—Los enemigos van á cortar nuestra línea por el centro y á atacarnos por retaguardia; por consiguiente vamos á quedar envueltos y en inacción la mitad de nuestra línea, si el general francés no pone pronto la señal de virar por delante á un tiempo y doblar á retaguardia para coger al enemigo entre dos fuegos, destruyéndolos antes de que lleguen aquellos nueve navíos que están muy atrasados.

Esto dijo Churruca textualmente, y con gran clarividencia, pero Villeneuve, lejos de mandar la maniobra que el gran marino apetecía, ordenó otra que debió ser una gran torpeza puesto que vi que Churruca, impaciente y malhumorado, exclamó con indignación, dirigiéndose á su segundo:

—El general francés no conoce su obligación y nos compromete... ¡Qué funesta ha sido siempre para España la unión de sus escuadras con las francesas! ¿Recuerda usted

lo que decía días pasados del cabo Sicié y del combate de Finisterre en que fuimos abandonados?

Sin embargo, era forzoso obedecer la orden, y pronto el



NELSON

ronco redoble de tambores llamó á cumplir su deber al amigo Chaves.

—Usted—me aconsejó—debe irse á hacer compañía en el

sollado á su amigo y profesor D. Augusto, que bien necesita de auxilio y consuelos. Prométame usted que no se moverá de la enfermería; y sobre todo, que no subirá á la cubierta. Santo y bueno que nosotros los marinos nos juguemos la vida; para eso somos marinos. Pero usted, ¿á qué va á meterse en camisa de once varas? Con que conservarse, y hasta luego, ó hasta... nunca.

Me tendió la mano, que yo estreché con efusión y cariño verdadero, en tanto que á mis ojos acudían las inoportunas lágrimas de siempre, que tan mal juego hacían con los dorados de mi uniforme y con la virgen espada que colgaba de mi cinturón.

Eran las diez de la mañana aproximadamente, y entonces fué cuando Nelson mandó hacer desde lo alto del palo mayor de su buque el «Victory» la célebre y elocuente consigna: «Inglaterra espera que cada uno cumplirá con su deber».

Yo, atendiendo los sanos consejos del buen Chaves, bajé á la enfermería, á tiempo que sobre cubierta observé que empezaban á verter grandes cubos de serrín.

Pregunté á Montoya el significado de aquella operación, y con su habitual laconismo me contestó:

—Ese serrín es «pa» la sangre.

No sé si fué miedo lo que experimenté en aquel momento. Lo que sí puedo asegurar es que los cabellos se me pusieron de punta, y que un gran escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

El espectáculo que allá abajo se me ofreció, no contribuyó ciertamente á darme nuevos alientos; antes bien, hubiera contribuído á quitarme los pocos que aún conservaba. D. Augusto estaba postrado de rodillas ante una estampa de la Virgen santísima que había pegado á la pared, y ante la imagen se deshacía en llanto, dando grandes y lastimeros gemidos.

No le dí tiempo á que me recitara su estribillo de «Muer-

tos somos», y preferí arrostrar los peligros del combate á soportar aquella lúgubre salmodia.

Cuando subí á cubierta, el viento había aumentado con fuerza y el sol, por la parte de Poniente, se iba ocultando tras densa cortina de negras nubes, anunciadoras de próxima tempestad.

Los barcos ingleses veíanse ya distintamente sin auxilio de antejo, y á la cabeza de las dos columnas que formaban, iban arrogantes y provocativos el «Victory», arbolando la insignia del almirante Nelson, y el «Royal Sovereign» al mando de Collingwood.

A bordo del «San Juan Nepomuceno» todo estaba en orden, los artilleros junto á las piezas, con el estopín encendido; la oficialidad espada en mano; los marineros atentos á la voz de mando, y reinando sobre aquel conjunto de valientes con un pie ya en la eternidad, profundo y solemnísimo silencio.

Subió Churruca al alcázar, llevando á su lado al capellán del buque revestido de blanca sobrepelliz, y todos de tático acuerdo, con los ojos húmedos y el pecho oprimido, caímos de rodillas.

Habló Churruca, y en voz alta y perfectamente perceptible, dijo:

—Cumpla usted con su ministerio: absuelva á esos valientes, que no saben lo que en la batalla les espera.

Pronunció el sacerdote con voz entrecortada las palabras sacramentales, y alzóse en el aire su diestra dándonos el perdón de nuestras culpas y la bendición del cielo.

Del sublime recogimiento que embargaba nuestros ánimos nos arrancó la voz poderosa y vibrante de Churruca que, como el eco del clarín tocando á ataque, nos hizo poner en pie súbitamente, con los ojos chispeantes de entusiasmo y el corazón palpitante.

—Hijos míos—rugió el gran marino—en nombre del Dios de los ejércitos, prometo la bienaventuranza al que cumpla

con sus deberes: el que á ellos falte, será fusilado; y si escapa á mis miradas ó á las de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán, mientras arrastre el resto de sus días miserable y desgraciado.

Dijo, y por tres veces dió el grito de ¡viva el rey!, que fué contestado por todos, incluso por mí, que me sentía presa de extraña y arrebatadora demencia, con un entusiasmo frenético y delirante.

En aquel momento, señores míos, comprendí lo que era y significaba el honor militar y desde entonces, y á través de los años, le rendí culto fervoroso, que cesará solo cuando mi corazón dé el postrer latido.

Y llegó la hora suprema. ¿Cómo empezó el combate? No lo sé; pues en mi memoria se agolpan y se disipan alternativamente las masas de los acontecimientos de aquel día, como los espectros de una pesadilla calenturienta. Sí recuerdo, que la poderosa voz de Churruca, agigantada por el eco de la bocina, gritó: «¡Fuego por babor!», y con el grito coincidió el fragor inmenso y la llamarada aterradora, producidos por la simultánea descarga de cuarenta cañones.

Cargóse la atmósfera de asfixiante olor de pólvora y de densísimas nubes de humo. A la descarga contestó una avalancha de hierro y fuego que escupió el enemigo y que barrió la cubierta del «San Juan Nepomuceno» como la hoz del segador tumba las filas de la mies.

Yo, instintivamente, traté de acogerme al abrigo del alcázar de proa, y hacia él me dirigía, cegado por el humo y tropezando á cada paso con los cuerpos derribados de muertos y heridos, cuando de improviso recibí un violento empujón que dió conmigo en el suelo. Perdí á medias el conocimiento, y al recobrarlo tuve que hacer inauditos esfuerzos para salir de debajo de un cuerpo humano, que se agitaba con las postreras convulsiones de la agonía. Pude

al fin ponerme en pié, y al hacerlo noté gran humedad en el rostro; me llevé á él la mano, la miré después y vi que estaba tinta en sangre.

¡Cosa rara é inexplicable para mí! Aquella mancha siniestra, en vez de acabar de acobardarme poniéndome á la vista la figura espantosa de la muerte, galvanizó todo mi ser como una tremenda descarga eléctrica.

Tiré con rabia del sable que pendía de mi cinturón, y gritando no sé qué, me lancé como un loco hacia la proa, convertida en un verdadero infierno, hundido en oscuridad lúgubre y caliginosa, solo á veces desgarrada por el relampagueo rojizo de las descargas.

—¿Qué vienes á buscar aquí, niño?—me preguntó á gritos Chaves, quien había perdido el sombrero, tenía el uniforme hecho girones, y las ráfagas de aquel aire candente y envenenado agitaban trágicamente su rizada y morena cabellera. En la mano diestra conservaba la espada, rota por la mitad de la hoja. Observé pue se sonreía tranquilamente.

—Busco la muerte—grité poseído de loca exaltación, cogiéndole de un brazo y agitando mi inofensivo espadín de gala.

—La encontrarás—me dió á entender con gestos más que con palabras.

El fuego, que hasta entonces se había circunscrito á la mura de babor, ó sea, á la izquierda del barco según se mira á la proa, se generalizó á poco. No se oía nada: talera el estrépito de los cañones, el chasquido del maderamen, los gritos de los vivos y los gemidos de los moribundos.

Estábamos rodeados por seis buques ingleses, que á la distancia de medio tiro de pistola, vomitaban sobre el «San Juan» el horrendo y continuo torbellino de metralla que despedían quinientos cañones al ser disparados á la vez.

—¡Artilleros, aquí!—gritó Carlos Chaves, pataleando como un energúmeno y mordiéndose los puños con coraje.



MUERTE DE CHURRICA Á BORDO DEL «SAN JUAN NEPOMUCENO»

Todos los servidores de la pieza yacían por el suelo, muertos los más, heridos los restantes. Con la media hoja que empuñaba, me mostró un montón de balas que manchadas de sangre, estaban apiladas allí cerca. Apesar de mi inesperienza militar, comprendí la indicación, y arrojando el inútil espadín, con una fuerza que nunca hubiera sospechado que podría desplegar, logré coger las balas y llevarlas hasta el cañón.

Una sombra se interpuso. Era Churruca, pálido y sereno como siempre, que con fría impassibilidad recorría las baterías, vigilándolo todo y animando á todos con su firmeza soberana.

Él mismo apuntó el cañón con el mayor esmero: Chaves arrimó el estopín al fulminante, y el fragor del disparo unió su voz á las demás que formaban aquella grandiosa y terrorífica sinfonía.

—¡Tocado el «Dreadnought»!—gritó Chaves asomándose ansiosamente á la borda para juzgar los efectos del disparo.—¡Le hemos desarbolado!

En aquel momento lancé un grito desgarrador que debió sobreponerse al tronar furioso del combate; grito de espanto y de dolor que hizo á Chaves volverse bruscamente y palidecer como un muerto.

Churruca yacía en el suelo en un charco de su propia sangre, manteniéndose á duras penas medio incorporado sobre el brazo izquierdo.

—Esto no es nada; siga el fuego—dijo serenamente el héroe.

Una bala de cañón le había arrancado una pierna por la ingle.

Que el alma es inmortal, no admite duda; pero si alguna pudiera caber acerca del particular, la desvanecería saber cómo á impulsos de aquel espíritu privilegiado, pudo vivir algún tiempo el cuerpo desangrando del gran marino guipuzcoano.

Llevámosle á hombros, como Dios nos dió á entender, hasta la enfermería, donde se le acostó y se le prestaron auxilios á todas luces inútiles, dado el carácter mortal de la herida.

Rodeaban el lecho donde Churruca agonizaba, el segundo comandante del «San Juan Nepomuceno», D. Joaquín Núñez Falcón; el cuñado del héroe; el guardia marina don José Ruiz de Apodaca, y algunos otros oficiales, entre los cuales se contaba á mi amigo Carlos Chaves.

Todos con el dolor y la consternación pintados en sus rostros, manchados de sangre y ennegrecidos por el humo del combate, presenciaban con hondísimo dolor la rápida extinción de aquella preciosa vida. Yo tuve la triste satisfacción de asistir al lúgubre espectáculo y de oír las últimas palabras que el moribundo, investido ya de la augusta serenidad de la muerte, dijo con voz fatigada á su cuñado Ruiz de Apodaca:

— «Que claven la bandera. Dí á tu hermana que muero con honor, queriéndola y amando á Dios sobre todo.»

Inclinó la cabeza á un lado, cerró los ojos y apaciblemente se durmió para siempre en el seno del Señor, á quien invocaba, aquella santa víctima de su heroísmo y de su amor inextinguible á su Dios y á su patria.

¡Felices mil veces los que perecen por tan venerandos ideales!

*
* *

Muerto Churruca, agotadas las municiones, convertido el «San Juan» en un pontón informe acribillado de balazos; muertas ó heridas las tres cuartas partes de la tripulación, y sin esperanza siquiera de socorro, fuerza fué rendirse al enemigo, sumamente quebrantado, es cierto, pero conservando sobre nosotros enorme superioridad numérica.

Así se acordó en Junta de oficiales, y bien pronto desem-

barcaron en nuestro buque numerosos oficiales ingleses, que vieron con horror unido al asombro, el lastimoso estado en que cosas y personas se hallaban, y que bien á las claras mostraban á qué grado de heroísmo se había llevado la defensa.

Disputáronse entre ellos el honor de haber rendido al «Nepomuceno», y para dirimir la contienda hicieron árbitro á D. Joaquín Núñez Falcón.

Este contestó sencillamente que había sufrido el fuego de seis navíos, y que á uno sólo jamás se habría rendido el buque español.

En consecuencia, se hizo cargo de éste el oficial más antiguo, quien enterado de que se hallaba á bordo un cuñado del ilustre Churruca, llamó á Ruiz de Apodaca, ante el cual hizo el más cumplido y caballeresco elogio del difunto, anunciándole de paso que las fuerzas inglesas unidas á las españolas tributarían honores al cadáver.

—A valientes como Churruca es debida toda clase de distinciones. Su navío se ha batido de una manera desahogada y con mucho orden—dijo el oficial inglés. Luego añadió muy sensata y discretamente:—Varones ilustres como éste, no debían estar expuestos á los azares de un combate, y si conservados para los progresos de la ciencia y de la navegación.

El casco de nuestro buque se conservó muchos años en la bahía de Gibraltar, con su cámara cerrada y una lápida en letras de oro sobre la puerta con el nombre de Churruca.

Si alguna vez se abría aquella cámara, era para satisfacer la curiosidad de alguna persona de distinción, á la que se obligaba á entrar con la cabeza descubierta, como si se hallase presente el grande é infortunado marino.

A uno de los oficiales que había trasbordado del «Victory» al «Dreadnought», oímos referir un episodio hasta entonces desconocido para nosotros. Me refiero á la muerte de Nelson. Escuchábanle los marinos con tal consterna-



EL ALMIRANTE NELSON CAE MORTALMENTE HERIDO Á BORDO DEL «VICTORY»

ción y tan grandes muestras de pena, que cualquiera habría juzgado al oír sus demostraciones, ser ellos los vencidos y no los vencedores de Trafalgar.

Nelson, desafiando el fuego vivísimo que lanzaban nuestros barcos, se adelantó en el «Victory» con el propósito de apresar al «Bucentaure», buque almirante de Villeneuve. Interpúsose el «Redoutable»; pero Nelson, dispuesto á todo para lograr su objeto, dejó marchar al «Victory», hasta quedar poco menos que tocándose sus bordas con las del barco del almirante francés.

La tripulación del «Redoutable», desde las vergas y baterías, hizo con gran valor y destreza innumerables descargas de fusilería sobre el barco inglés, que llegó á verse en situación crítica, estando su cubierta materialmente cuajada de cadáveres.

Sobre el puente, paseando con gran tranquilidad y sosiego, estaba Nelson acompañado del capitán Hardy, cuando de repente vaciló el almirante y cayó de bruces al suelo. Una bala, disparada desde las cofas del «Redoutable», le había herido en un hombro, y después de atravesarle el pecho, se había fijado en la columna vertebral.

Los que estaban próximos al sitio en donde cayó Nelson, le levantaron cubierto de sangre, y Hardy le dijo:

—Confío, milord, en que no estareis gravemente herido.

—Esto se acabó—contestó Nelson con voz desfallecida.— Han conseguido al fin lo que querían... Tengo roto el espinazo...

Tan inesperado como terrible suceso produjo la mayor consternación.

Le hicieron la primera cura sobre la cubierta del buque, y poco después le trasladaron al hospital de sangre casi sin conocimiento, que solo recobró algunos instantes para pedir á cuantos le rodeaban noticias del combate, y murió diciendo al capitán Hardy cuando este le participó el triunfo de su escuadra:

—¡Bendito sea Dios! He cumplido mi deber.

El «Redoutable» trató de aprovechar la confusión que la muerte del almirante produjo en el «Victory» para apresarle á bordo; pero cogido entre los fuegos de éste y del «Neptune», y teniendo 522 muertos de los 640 hombres de su tripulación, no tuvo más remedio que arriar el pabellón y rendirse.

Otro tanto se vió obligado á ejecutar Villeneuve, quien por cierto se batió bravamente: los ingleses le hicieron prisionero y le condujeron á bordo del «Mars», donde fué tra-



VALDÉS

tado con las consideraciones debidas á su jerarquía y á su infortunio.

A lo que parece, el objetivo principal que Nelson se propuso y ciertamente consiguió, fué romper nuestra línea, lo que efectuó aprovechándose del hueco que dejó el «Redoutable» al ser arrastrado por el viento, en tanto que se defendía del enemigo. Rota ya la línea y cogido el centro de ella entre dos fuegos, tan mezclados estaban ya los barcos, que franceses y españoles se cañoneaban unos á otros sin apercibirse de ello.

Rendido, como queda dicho, el «Bucentaure», se dedicó el «Victory», en unión de otros varios ingleses, á atacar al «Santísima Trinidad»; en cuyo auxilio acudieron el «San Agustín», el «Neptuno» y el «Rayo». Estos dos últimos y el «Hero» y el «Intrépido», se lanzaron al combate, contravieniendo las órdenes del jefe francés, almirante Dumanoir, quien con el «Formidable» y algunos otros barcos abandonó vergonzosamente el combate y se retiró de él á las tres de la tarde.

D. Cayetano Valdés, comandante del «Neptuno», cayó



GRAVINA

herido de un metrallazo al iniciarse la batalla; el «San Agustín», después de pelear gloriosamente, se fué á pique sin arriar la bandera española; Gravina y Escaño, á bordo del «Príncipe de Asturias», después de un combate épico, sostenido durante cuatro horas contra cinco barcos ingleses, fueron heridos gravemente; Cisneros peleó con no menos heroísmo desde el «Santísima Trinidad»; pero desarbolado este navío, sin municiones y muerta la tripulación, tuvo que rendirse. El brigadier Alcalá Galiano, en lo más reñido de la lucha, mandó clavar la bandera de su buque, el «Ba-

hama», y herido dos veces, sucumbió á causa de una tercera herida.

Fuimos, pues, derrotados, es cierto; pero también lo es, según más tarde se supo, que no triunfó el enemigo impunemente. El «Royal Svereing», mandado por el vicealmirante Collingwood, quedó en tan mal estado, que éste tuvo que abandonarlo y trasladarse á la fragata «Eurygalus»; el «Victory» quedó desarbolado y haciendo agua; se fué á pique el «Britannia», y lo mismo ocurrió á otros varios; quedando otros varados en las playas inmediatas.



ALCALÁ GALIANO

Resultado final de la batalla: de la escuadra aliada solo consiguieron retirarse con mucho destrozo siete barcos españoles y dos franceses, á saber; el «Príncipe de Asturias», el «Santa Ana», el «San Leandro», el «San Justo», el «Montañés», el «Neptuno», el «Argonauta», el «Plutón» y el «Indomptable».

El «Santísima Trinidad», hecho prisionero, se hundió en el mar: el «Rayo», el «Monarca», el «Bucentaure», el «Fougueaux», el «Berwick», el «Neptuno» y el «San Francisco», fueron abandonados y se estrellaron contra la costa.

Mil veintidós muertos y mil trescientos ochenta y tres heridos españoles, costó á nuestra patria aquella gloriosa derrota, debida á la malhadada alianza franco-española y á la torpe dirección de Villeneuve.

Este, poco después del desaste de Trafalgar, acabó con sus días disparándose un tiro en la cabeza.

Aquí de lo que decía tiempo después el marinero Curro Montoya, cuando hablaba de estas cosas:

—La lástima es que ese «monsiú» no «ze» arrimara candelá diez años antes. Quizá tendría yo ahora mis remos completos y España algunos barcos más.»

Porque han de saber ustedes que á Montoya le costó la broma de Trafalgar la pierna derecha.



El cerebro de D. Augusto, débil ya de por sí, acabó de reblandecerse y aun de liquidarse y evaporarse—séame la figura permitida—al choque tremendo de las sangrientas escenas de Trafalgar.

No sé si se volvió loco ó tonto. Lo cierto es que la locura ó la tontería le duró lo que su vida, que aún se prolongó bastantes años, bajo los auspicios caritativos de mi señora abuela, que no sin razón, se consideraba algo responsable de aquella desgracia.

El pobre viejo hablaba poco, y solo de vez en cuando, con el semblante más placentero del mundo, se me acercaba y decía misteriosamente la consabida muletilla:

—¡Muertos somos, Paquito, muertos somos!

Doña María de la Gloria no perdió la razón, aunque poco faltó para que las mortales angustias y los remordimientos que experimenté durante el combate, y la prisión que tuve que sufrir en Gibraltar, no dieran al traste con ella.

Desde entonces, detrás de sus gafas ahumadas no se notó chispazo alguno belicoso, sino el resplandor animoso y apacible de sus miradas de abuela amantísima y defensora incansable de la paz bendita.

—No hagas caso de lo que te escribe ese loco de Carlos Chaves—me decía.—Aconséjale, por el contrario, que sea buen casado y se deje de combates y de libros de caballería. ¿Te parece bien que recién casado como está, trate de echarse á recorrer esos mares para romperse la crisma con todo bicho viviente? Que lo haga él si quiere; pero tú no lo harás, ¿verdad, hijo mío?

Yo contestaba evasivamente, y mirando ante mí con los ojos del alma, veía un panorama luminoso y fascinador de batallas sangrientas, de triunfos brillantes y aun de derrotas. ¿Por qué no? Derrotas como la de Trafalgar, por el valor y la sangre derrochados con esplendidez maravillosa, equivalen á una gran victoria en la historia de los pueblos verdaderamente heroicos.

ENRIQUE TOMASICH.





GLORIAS DE ESPAÑA

LECTURAS PATRIÓTICAS

El objeto de esta publicación periódica semanal, es recordar por medio de narraciones verídicas, sencillas y al alcance de todos, los episodios más gloriosos de la Historia de España.

Cada número ó cuaderno, compuesto de 32 á 64 páginas, constituirá la narración de un acto heroico colectivo ó de las hazañas y proezas de un personaje histórico, que sean dignos de admiración.

La colección completa formará una galería de lo más noble, bello y grandioso de la Historia de nuestra patria.

Durante el primer trimestre se publicarán las siguientes narraciones:

Núm. 1.—El combate del Callao —Núm. 2.—La Virgen del Pilar dice... (Primer sitio de Zaragoza).—Núm. 3.—El alcalde de Mostoles.—Núm. 4.—Heroísmo aragonés (Segundo sitio de Zaragoza).—Núm. 5.—La batalla de Lepanto.—Núm. 6.—Los somatenes del Bruch.—Núm. 7.—La batalla de Bailén.—Núm. 8.—Maria Pita. (Defensa de la Coruña en 1588).—Núm. 9.—El sitio de Gerona.—Núm. 10.—Una derrota gloriosa (Trafalgar).—Núm. 11.—Batalla de los Castillejos. (Episodios de la guerra de Africa).—Núm. 12.—¡Que viene el Drake! (Defensa de Puerto Rico).—Núm. 13.—¡La de San Quintín!

PRECIO DE CADA NÚMERO Ó CUADERNO

En la Península: 10 CÉNTIMOS

EN LOS PUNTOS DONDE NO HAYA CENTROS DE SUSCRIPCIÓN, LIBRERÍAS Ó VENDEDORES DE PERIÓDICOS, LAS PERSONAS QUE DESEEN ADQUIRIR LOS 18 PRIMEROS CUADERNOS, ENVIARÁN 1 PESETA 25 CÉNTIMOS EN SELLOS DE CORREOS EN CARTA CERTIFICADA AL ADMINISTRADOR DE «LA ÚLTIMA MODA», CALLE DE VELÁZQUEZ, 56. APARTADO 24, MADRID.